

## CAPÍTULO V.

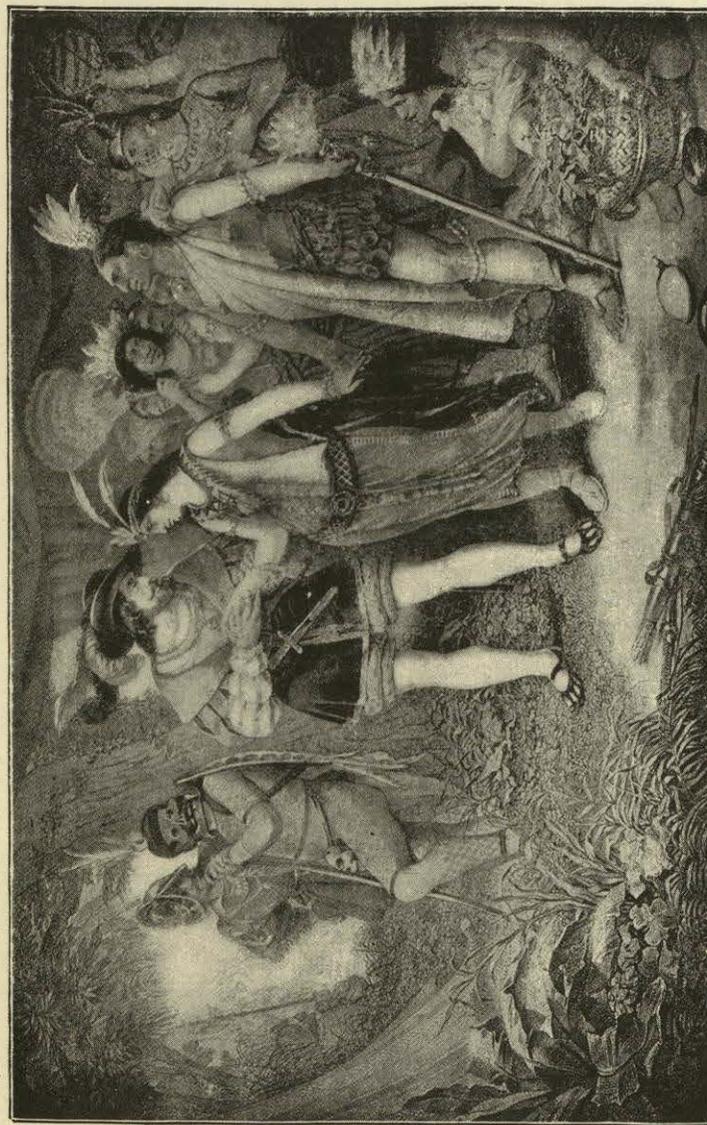
## LA CONQUISTA—ALIANZAS Y BATALLAS—LA NOCHE TRISTE—CAIDA DEL IMPERIO AZTECA.

**A** GRANDES rasgos, como lo exige la índole de este libro, aunque sin omitir nada de lo principal, hemos descrito la civilización é historia pre-colombinas de las razas que habitaron el actual territorio mexicano, hasta el momento providencial y por siempre memorable en los anales históricos, en que las naves del Viejo Mundo surcaron las aguas de Tabasco y Veracruz. Vamos ahora á reseñar con igual método la historia maravillosa de la conquista, la decadencia de esas razas, la iluminación del cielo del Anáhuac por el sol del cristianismo, y á hojear con idéntica rapidez las páginas, á menudo brillantes, del México independiente.

El esfuerzo de síntesis que hacemos, nos garantiza la complacencia del lector que no experimentará el cansancio de las lecturas difusas, plagadas de digresiones.

El año de 1517 partió del puerto de la Habana Francisco Hernández de Córdoba, con mando de ciento diez soldados, con el objeto de buscar islas por el Occidente á fin de cambiar baratijas europeas, especialmente cuentas de vidrio, por oro, tráfico que anhelaban sobremasera los españoles expedicionarios de aquella época. A principios de Marzo llegaron al cabo oriental de Yucatán, siendo ese el día del verdadero descubrimiento del continente. Después de dos encuentros que tuvieron con los indios de la costa, volvieron á Cuba, no sin llevar oro que robaron en un templo yucateco.

Diego Velázquez, Gobernador á la sazón de Cuba, excitado por la descripción que los soldados hacían de la riqueza, hermosura y grandiosidad del país que acababan de descubrir, armó una flota de cuatro buques con doscientos cuarenta hombres capitaneados por Juan Grijalva, quien tocó Yucatán y San Juan de Ulúa, hizo comercio con los indios por valor de diez mil pesos oro, costeó después hasta el río Pánuco y regresó á Cuba. Entretanto el emperador Motecuhzoma, que como hemos visto ocupaba el trono en aquellos días, tuvo aviso de las embarcaciones y hombres que habían llegado á la costa, el cual le fué dado por sus gobernadores en ella, quienes para explicar mejor el hecho, hicieron pintar en una tela la representación de los buques y soldados, mostrándola al emperador. De la conferencia que éste tuvo con señores, nobles y sacerdotes sabios, resultó que el jefe de aquella armada debía ser Quetzalcoatl, el dios del aire, que según sus profecías debía volver á gobernar estos reinos. Envió Motecuhzoma una embajada portadora de ricos presentes; mas cuando llegó á la costa los españoles habían emprendido el viaje de regreso á Cuba.



El Cacique de Tabasco regala á Cortés veinte esclavas, entre ellas la célebre Doña Marina.

Entusiasmado Velázquez por el oro que condujo Grijalva, determinó organizar una escuadra mayor, cuyo mando confió por consejo de su confidente á Fernando ó Hernán Cortés, nacido en Medellín, provincia de Estremadura, de nobles padres, en 1485. La elección de capitán fué muy bien recibida en Cuba, porque era Cortés hombre de grandes alientos, de inteligencia superior y excepcional don de gobierno. Ayudó Cortés con sus bienes á la formación de la escuadra, y aunque Velázquez se arrepiñó del nombramiento, y mandó aprehender á Cortés, éste que ya todo lo tenía listo, zarpó del puerto de Ajaruco (hoy Habana), el 10 de Febrero de 1519, al mando de once bajeles, que conducían cincuenta y ocho soldados, ciento nueve marineros, diez y seis caballos, diez cañones y cuatro falconetes. Navegaron bajo la dirección del piloto Alaminos hasta la isla de Cozumel, donde recogieron á Jerónimo de Aguilar, diácono español que habiendo naufragado hacía algún tiempo y sido aventado por el mar á estas costas, fué hecho esclavo por los yucatecos. Aguilar poseía ya la lengua maya, lo que fué de gran utilidad para los españoles.

Costeando la península de Yucatán, se internó Cortés por el río Chiapa á la provincia de Tabasco, donde desembarcó con sus soldados dirigiéndose á una ciudad no distante. Después de ligeras escaramuzas, libraron con los indigenas, organizados en gran número, batalla formal, en que los tabasqueños perdieron 800 hombres, muertos bajo el fuego y la espada de los españoles. Dueños éstos del lugar, fundaron ahí la ciudad de la *Virgen de la Victoria*, que desapareció á mediados del siglo XVII.

Cortés tomó posesión de la tierra solemnemente en nombre del rey de España, y recibió de los indios varios regalos, entre ellos veinte esclavas que distribuyó entre la tropa. Del número de ellas fué la famosa india Malintzin, de quien ya hicimos memoria al hablar de la fundación de Tlaxcala, cerca de la gran montaña que hoy tiene ese nombre. Una serie de aventuras habían llevado á aquella providencial mujer, de origen mexicano, á aquel remoto país. La hermosa joven, de gran corazón y gran inteligencia, instruida rápidamente en la religión y lengua de los españoles, fué de inmenso valor para la empresa de la conquista. Cortés lo adivinó así desde luego, y habiéndose adueñado de su corazón, dejóse guiar de los consejos de Malintzin en las circunstancias más difíciles y peligrosas, que salvó merced á ellos. Bautizada Malintzin, recibió el nombre cristiano de Marina, con que es conocida en la historia. Tuvo un hijo del Conquistador llamado Martín Cortés, que en 1568 fué atormentado en México por el juez Muñoz, sospechoso de una conspiración.

De Tabasco se dirigió la flota á Chalchiuhcuecan, hoy Veracruz, á cuyas aguas llegó el 21 de Abril de 1519. Inmediatamente enviaron los mexicanos una embajada, que ocupó dos canoas, al Capitán, con el objeto de investigar el de su viaje y ofrecerle recursos para continuarlo. Cortés los recibió afablemente, y por conducto de Doña Marina y de Aguilar, les manifestó que el fin que traía era comerciar y hablar con el rey de ellos acerca de asuntos de gran importancia. En seguida les dió á beber vino español y les regaló objetos vistosos. Al cuarto día desembarcaron los españoles trayendo á tierra sus caballos y artillería, y recibieron luego la visita de Teuh-tile y Cuitlalpitoc, gobernadores de las provincias comarcanas, á quienes invitó Cortés á comer y habló durante la comida del Emperador Carlos V, su poder, su grandeza, y de la misión que le había confiado de visitar al rey de estos países y tratar

con él asuntos de gran interés. Los aludidos gobernadores regalaron á Cortés alhajas de oro, vestidos de algodón y mosaicos de pluma. Habiendo observado Cortés que Teuhtlile había traído pintores mexicanos para que tomaran nota de cuanto veían, y enviar las pinturas á Motecuhzoma, ordenó que la caballería corriera á toda brida por la playa y que se dispararan á un tiempo todos los cañones, lo cual causó grande asombro á los indígenas. En seguida partió Teuhtlile para hacer saber al rey lo acaecido y dejó entre los españoles á Cuitlalpítoc, á fin de que los atendiese.

Motecuhzoma se mostró maravillado de las noticias; consultó con los oráculos, y éstos, es decir, los sacerdotes, resolvieron que no permitiese el viaje de los españoles á la capital. Tal fué la contestación que recibió Cortés, acompañada de valiosos presentes. Y no fué ésta la última correspondencia entre el Conquistador y el rey de México, á quien envió aquel presentes y nuevas noticias de que pasaría á visitarlo. Motecuhzoma correspondió el regalo espléndidamente; pero insistió por medio de sus mensajeros en que prescindiera Cortés de su visita.

Cuando los mexicanos que asistían á los españoles los abandonaron, por orden sin duda del rey de México, se presentaron en el campamento de Cortés otros indígenas, que por su vestido, fisonomía y habla mostraban ser de otra nación. Eran, en efecto, de la tribu totonaca, tributaria á la sazón de los mexicanos, cuya tiranía pesaba sobre ella horriblemente. Habían sabido la prodigiosa victoria alcanzada por Cortés en Tabasco, y venían á ofrecerle la amistad de los totonacas y á invitarlo á pasar á Cempoala, no muy distante del campamento, donde sería recibido dignamente. No podía pasar inadvertida al genio político de Cortés la fácil oportunidad que la presión sufrida por los totonacas presentaba para una alianza que era urgente, dada la actitud hostil y el poderío de Motecuhzoma. Así es que prometió ir en seguida á Cempoala, como lo verificó, no sin haberse asegurado antes de la sinceridad de los totonaca.

Recibido en Cempoala espléndidamente, incensado por el cacique (conocido en la historia con el sobrenombre de *Gordo*, por su extremada obesidad, que aun andar le impedía), trató de ponderar la grandeza del soberano español, y de fijar en el ánimo de aquellas gentes que él lo había enviado con el objeto de prestar defensa á los pueblos oprimidos, por lo que estaba en disposición de ayudar á los totonaca. Muy animados se mostraron éstos con aquel poderoso auxilio nunca imaginado, y extremaron sus obsequios para Cortés.

Pasó en seguida á Quiahuiztla, de la misma provincia, y ahí supo sacar también de su ingenio político gran provecho. Llegaron á la población cinco recaudadores mexicanos con el fin de recoger el tributo de aquellos pueblos para el emperador. Debido á sugerencias de Cortés negáronse los caciques á pagar el tributo, y pusieron presos á dos de los recaudadores. Por la noche hizo Cortés que dos soldados suyos que hacían la guardia en la cárcel dejaran ir libres á los mexicanos, y á otro día mostróse indignadísimo contra los guardias y aun simuló castigarlos. Para que no sucediera otro tanto con los tres recaudadores que quedaban, ordenó que fueran conducidos á los buques, de donde, por supuesto, los mandó poner en libertad. De esta manera se obtuvo al mismo tiempo la amistad de los totonaca y la gratitud del rey de México, que al saber cómo sus ministros habían escapado la vida merced á Cortés, le envió una embajada con nuevos regalos.

Mas antes de pasar adelante, debemos advertir que Cortés, á fin de consolidar su autoridad y hallarla eficaz en las grandes empresas que concebía, promovió la elección popular de un jefe de la colonia que revistiera en representación del rey, la Suprema Magistratura política y militar. La elección recayó en él, quedando por ese hecho desligado de la autoridad de Diego Velázquez.

Volvieron los españoles al sitio en que habían desembarcado y ahí, con ayuda de los totonacas, edificaron rápidamente un caserío para la colonia y un fuerte para resistir las invasiones de los mexicanos. En seguida escribió Cortés una larga epístola al emperador Carlos V, dándole parte de cuanto había ocurrido, pidiéndole que rectificara lo hecho, y que aceptara los obsequios que le enviaba y que consistían en cuanto oro y demás presentes había recibido. Despachado que fué un bajel con el portador de la carta y regalos, concibió Cortés el atrevido pensamiento que lo ha hecho inmortal, y cuya osadía no tiene semejante en la historia. Para obligar á los suyos á vencer ó morir, sin la esperanza de la retirada, y no obstante la grandeza y poderío de las naciones con que iba á luchar, en continente del todo desconocido, mandó barrenar y echar á pique las embarcaciones después de haber extraído de ellas la clavazón, velas, jarcias y demás objetos que juzgó útiles.

En seguida dispuso el viaje á México guiado por los cempoaltecas, eligiendo el itinerario de Tlaxcala, elección acertadísima, pues si hubiera preferido el paso por Cholula, los mayores desastres habrían despedazado su pequeño ejército.

Cortés envió al senado de Tlaxcala una comisión á fin de solicitar el paso por su República para ir á México donde tenía que conferenciar con el emperador. Los tlaxcaltecas, que habían recibido extensos informes acerca de los extranjeros, conferenciaron detenidamente, decidiéndose por la negativa.

Instó Cortés rápidamente, proponiendo la paz, que los tlaxcaltecas rechazaron obstinadamente. Entonces Cortés avanzó con su puñado de héroes. Por su parte los tlaxcaltecas alistaron un ejército muy numeroso y mandado por sus capitanes más bravos y aguerridos. Según las noticias más fidedignas, las fuerzas tlaxcaltecas alistadas para detener á los españoles ascendían á 50,000 hombres. Reiteradas veces propuso Cortés la paz, lo que fué en vano, pues los tlaxcaltecas al cabo de algunos días presentaron batalla, que fué muy reñida y sangrienta, resultando victoriosos los españoles. Todavía se libraron otros tres combates, en los que el genio militar de Cortés y la disciplina y valor de los suyos hicieron prodigios para alcanzar el triunfo. Jamás en el curso de la historia se había dado el caso de que tan reducido número de hombres resistiera y venciera á tan grande ejército de guerreros, disciplinados también, crecidos y nacidos en perpetuo estado de guerra. Consecuencia del desastre sufrido por los tlaxcaltecas, fué la paz que celebraron con los españoles, la sumisión jurada al rey católico, y la alianza con Cortés, que hábilmente explotó la rivalidad secular entre tlaxcaltecas y mexicanos. La historia ve en esa alianza la clave de la conquista, no precisamente por el contingente de soldados que la república tlaxcalteca prestó á Cortés, sino porque contando éste con la amistad de esa nación tuvo cubierta la retirada y un asilo seguro en sus desastres, como oportunamente lo veremos.

Después de corta permanencia en Tlaxcala, se dirigió Cortés á Cholula, distante unos 38 kilómetros de aquella ciudad, entonces muy populosa y sometida á los mexi-

canos. Fué en Cholula donde Malintzin prestó á Cortés el servicio más importante.

Los cholulteca habían recibido cordialmente á los españoles, con grandes muestras de acatamiento; mas en el misterio urdieron conspiraciones formidables para destruir el pequeño ejército de los blancos, lo que sin duda habrían realizado á no ser por una circunstancia providencial.

Habiendo acordado los cholulteca exterminar traidoramente á los españoles, cavaron hoyos profundos en las boca-calles, clavando en ellos estacas agudas, y luego taparon los huecos con ligera superficie de ramas débiles cubiertas de tierra. Esto era con el objeto de que los caballos se precipitaran en aquellos fosos. Por este orden, pusieron en práctica otros medios de exterminio, y contando con 20,000 mexicanos que había en las afueras de la ciudad, resolvieron caer de improviso sobre los españoles y asesinarlos. Una señora cholulteca, interesada en que Malintzin, ó sea Doña Marina, se salvara, le reveló la conspiración, que ella á su vez reveló al capitán de los españoles. Cortés llamó á los nobles más caracterizados de Cholula, y les preguntó si tenían queja alguna de los españoles, suplicándoles la expusiesen y ofreciendo la satisfacción. Contestaron los nobles que nada tenían de que querellarse, antes bien, ofrecían víveres y cargadores para la expedición á México. Persuadido Cortés de que se trataba de una traición gratuita, acordó los más extremados recursos de castigo. Tomó en secreto sus medidas, y al día siguiente realizó una horrible matanza, acompañada de incendio y todo linaje de destrozos que sembró el espanto en aquellas comarcas para siempre. El escarmiento fué terrible. Cortés lo juzgó necesario tanto para salvar su propia vida y la de sus tropas, cuanto para asegurar su tranquilidad en México. Pasada la memorable catástrofe, los pocos cholultecas que quedaron juraron obediencia al rey de España.

Entretanto, noticioso Motecuhzoma de cuanto pasaba, y más aún, habiendo recibido una embajada de Cortés en que éste le anunciaba que entraría á México como enemigo y no como amigo, pues había descubierto que la conspiración de Cholula era obra de los mexicanos, afligido de tamaña amenaza, envió á Cortés nuevos y grandes presentes, asegurándole que no había tenido parte alguna en la traición de los cholultecas. A la sazón las fuerzas mexicanas de la costa habían pretendido reducir á los totonaca, aliados ya de los españoles, como hemos visto, y obligarles á pagar el tributo mediante muchas crueldades. Los españoles de la pequeña colonia establecida en la primera Veracruz, salieron á la defensa de los totonaca, librando con los mexicanos una famosa batalla, en que éstos fueron derrotados.

Habiendo recibido Cortés los presentes del rey de México, emprendió su viaje á la capital del imperio, por el camino de Tlalmanalco. No pocos peligros tuvo aún que vencer el caudillo español hasta llegar á Amecameca, ciudad situada en la falda occidental del Popocatepetl. De ahí pasó á Tlalmanalco, y de éste á Ayotzingo, á la orilla meridional del lago de Chalco. En este pueblo, existente aún, así como los otros que acabamos de nombrar, recibió Cortés la visita del rey de Texcoco, que se presentó con gran pompa, saludó á Cortés en nombre del rey de México, su tío, é insistió en que el jefe español desistiera de su viaje á la capital. Pero Cortés continuó en su propósito y se puso en camino para Cuitlahuac, población cuya hermosura le encantó. Al ver la multitud de pueblos que rodeaban el lago y se alzaban en las pequeñas islas, tomó cuantas precauciones militares eran posibles y prosiguió su marcha.

Grande fué la admiración de los españoles al entrar en la ciudad de Texcoco, la mayor del Anáhuac después de México. Consideráronla doblemente grande que Sevilla, extremadamente hermosa y limpia. Torquemada asegura que tenía ciento cuarenta mil casas. La magnificencia de los edificios, la belleza de los jardines, fuentes y plazas admiraron á Cortés y sus soldados. El rey Ixtlilxóchitl salió hasta el camino al encuentro de los españoles, los introdujo á la ciudad y los alojó espléndidamente. Hubo larga conferencia entre el rey y Cortés, en que manifestó á éste sus derechos al reino de Acolhuacán y sus quejas contra el rey de México. Cortés le ofreció que sería puesto en posesión del reino y celebró alianza con él. De Texcoco se dirigió el Conquistador á México por Ixtapalápan, pasando por varios pueblos cuya fertilidad continuaba causando admiración á los españoles.

Dos kilómetros antes de la gran ciudad, en un punto llamado Xoloc, recibió Cortés á más de mil nobles mexicanos, que salieron á darle la bienvenida, operación que duró bastante tiempo. Pasada la etiqueta, los españoles, muy apercebidos, en forma de batalla, continuaron el viaje. He aquí la descripción de la entrada de los españoles en México, formada como un resumen de las relaciones hechas por testigos presenciales:

Poco antes de llegar á la ciudad tuvo Cortés aviso, dice Clavijero, de que salía á recibirle el rey de México, y de allí á poco se dejó ver con un numeroso y lucido acompañamiento. Precedían tres nobles que alzaban las manos y llevaban en ellas unas varas de oro, insignias de la majestad, con las cuales se anunciaba al público la presencia del soberano. Venía Motecuhzoma ricamente vestido, sobre una litera cubierta de planchas de oro que llevaban en hombros cuatro nobles y bajo un parasol de plumas verdes, salpicado de alhajas del mismo metal. Llevaba pendiente de los hombros un manto adornado con riquísimas joyas; en la cabeza una corona ligera de oro, y en los pies unas suelas también de oro, atadas con cordones de cuero cubiertos de oro y piedras preciosas. Acompañábanlo doscientos señores, mejor vestidos que los otros nobles, pero todos descalzos, de dos en dos y muy arrimados á los muros de una y otra parte de la calle, para manifestar su respeto al monarca. Cuando llegaron á verse el rey y el general español, bajaron aquel de su litera y éste de su caballo, y Motecuhzoma echó á andar apoyado en los brazos del rey de Texcoco y del señor de Ixtapalápan. Cortés, después de haberse inclinado profundamente, se acercó al rey para ponerle al cuello un cordón de oro con cuentas de vidrio, que parecían piedras preciosas, y el rey inclinó la cabeza para recibirlo, pero queriendo Cortés abrazarlo, no lo permitieron los dos señores que acompañaban al monarca. Declaróle el general en breve arena como lo requerían las circunstancias, su afecto, su veneración y el placer que experimentaba al conocer un rey tan grande y tan poderoso. Motecuhzoma respondió en pocas palabras, y hecha la ceremonia de estilo, le recompensó el presente de las cuentas de vidrio con dos collares de hermoso nácar de que pendían algunos cangrejos grandes de oro, hechos al natural. Encargó al príncipe Cuitlahuatzin que condujera á Cortés á su alojamiento y se volvió con el rey de Texcoco.

Tanto la nobleza como el público inmenso que desde las azoóteas, puertas y ventanas observaba aquella escena, estaban maravillados y aturcidos, no menos por la novedad de tantos objetos extraordinarios, que por la inaudita dignación de su rey, la cual

contribuyó muy eficazmente á engrandecer la reputación de los españoles. Estos marchaban, llenos también de admiración, al ver la grandeza de la ciudad, la magnificencia de los edificios y el número de habitantes, por aquel grande camino que, sin separarse de la línea recta, servía de continuación sobre las aguas del lago al de Ixtapalapa, hasta la puerta meridional del templo mayor, alternando en sus ánimos la admiración y el temor de su suerte, viéndose solos en medio de un reino extraño. Así procedieron por espacio de milla y media dentro de la ciudad, hasta el palacio que había sido del rey Axayacatl, destinado para servirles de alojamiento, y que estaba cerca del mencionado templo.

Ahí les esperaba Motecuhzoma, que con ese objeto les había precedido. Cuando llegó Cortés á la puerta del palacio, lo tomó el rey por la mano y lo introdujo á una gran sala. Hizolo sentar en un reclinatorio, semejante á los que se usan en nuestras iglesias, cubierto de hermoso tapete de algodón, cerca de un muro cubierto también de coladuras adornadas de oro y piedras, y despidiéndose cortesmente le dijo: «Vos y vuestros compañeros estáis ahora en vuestra propia casa, comed y descansad, que yo volveré en breve.»

Retiróse el rey á su palacio, y Cortés mandó inmediatamente hacer una salva de artillería para amedrentar con su estrépito á los mexicanos. En seguida pasó á examinar todas las estancias del edificio para distribuir los alojamientos á su tropa.

Era tan grande aquel edificio, que se alojaron en él cómodamente los españoles y sus aliados, los cuales, con las mujeres y servidumbre que los acompañaban pasaban de siete mil personas. Reinaba por doquier un aseó exquisito; casi todas las piezas tenían camas de esteras y juncos de palma, con rollos de lo mismo para servir de almohadas, cortinas de algodón y bancos hechos de una pieza. Algunas tenían el piso esterado, y los muros cubiertos de tapetes de algodón de varios colores. Los muros eran gruesos y tenían torres de distancia en distancia; así es que los españoles encontraron ahí cuanto podían apetecer para su seguridad. El diligente y cauto general distribuyó inmediatamente las guardias, formó con sus cañones una batería en frente de la puerta de palacio, y empleó todo su esmero en fortificarse, como si aguardase ser atacado aquel mismo día por sus enemigos. No tardó en presentarse á Cortés y á sus capitanes un magnífico banquete servido por la nobleza, mientras se distribuían al ejército diversos y copiosos víveres, aunque de inferior calidad. Este día tan memorable para los españoles y mexicanos fué el 8 de Noviembre de 1519, siete meses después de la llegada de aquellos al país de Anáhuac.

Motecuhzoma se mostró siempre muy generoso con los españoles y su capitán, y no es aventurado en la historia de México asegurar que una política menos tirante, menos informada por el terror de la que adoptó Cortés, hubiera conducido á la sumisión del imperio y la civilización de estas naciones pacíficamente, y sin que mediaran los sangrientos sucesos y la terrible serie de crueldades que sucintamente referiremos. Contábase para ello con la profunda superstición del rey, tan magnánimo como imbuido en las doctrinas de los sacerdotes. Creía firmemente que aquellos recién llegados eran los súbditos de Quetzalcoatl, el dios ausente y rey nato de los mexi, que según las profecías, debía volver á regir estos reinos, y según los oráculos, venía ya, cumplido el tiempo de la ausencia. Conforme á esa tradición, los soberanos de México no eran si-

no los lugartenientes de ese rey-dios á quien esperaban. Así se explica la docilidad y hasta el apocamiento de Motecuhzoma ante Cortés, la cobardía que se apoderó de su espíritu y que no le dejaba fuerzas para oponerse á ninguna de las pretensiones del conquistador, aun las más humillantes.

Visitábase Cortés y el emperador mutuamente, pero sus relaciones pacíficas duraron bien poco. El terror invadía el corazón de los españoles, como la superstición el ánimo del monarca. Cortés advirtió síntomas misteriosos en la nobleza, y no conciliaba el sueño temiendo una conspiración semejante á la de Cholula, mucho más grave en una ciudad como México, por su topografía en medio de los lagos. Los soldados eran presa igualmente de una desconfianza sin límites. Cortés creía en la sinceridad de Motecuhzoma, pero temía á la nobleza y al pueblo. En estas circunstancias ocurriósele, para dominar el peligro, un proyecto que no lamentará suficientemente la historia, y que nosotros describiremos aquí con repugnancia igual á la que experimentarán los lectores.

Imaginó que teniendo al rey prisionero, el pueblo que tanto le amaba permanecería sujeto por el ahinco de salvar la vida del soberano. Pero, ¿cómo llevar á cabo aquel atrevido pensamiento, ni con qué pretexto, cuando cada día eran mayores las bondades del rey para con sus huéspedes, cada día más preciosos los regalos y más indiscutible la sinceridad del afecto que les prodigaba? Un atentado semejante violaría en el mismo grado las leyes de la gratitud, de la decencia y del buen sentido. Pero, ¿de qué no ha sido capaz el temor?

Cortés maduró su proyecto, y una mañana se dirigió á palacio en compañía de veinte soldados. Pidió audiencia, fué recibido en el acto con los mismos refinamientos de cortesía que siempre, y apenas hubo tomado asiento manifestó al rey que había tenido noticias de cómo la colonia de Veracruz había sido atacada por los mexicanos y muerto el gobernador Escalante de resultas del ataque. Agregó que esto no podía haber sido sino por orden de Motecuhzoma, y que siendo éste el responsable, ni tenía garantías de su lealtad, ni podía dejar impune ese delito, lo cual desagradaría sobremanera al soberano de los españoles. Motecuhzoma se atribuló y procuró sincerarse completamente, ofreciendo al efecto mandar llamar al jefe mexicano y entregarlo á Cortés en el acto para que hiciera justicia. Y uniendo á las palabras los hechos, llamó á un ministro y le dió órdenes terminantes á ese respecto. Pero Cortés agregó que mientras se hacían las averiguaciones del caso, era indispensable que el rey pasara preso al cuartel ocupado por los españoles. Malintzin, que como de costumbre acompañaba á Cortés sirviéndole de intérprete, expresó al rey en mexicano la orden que daba Cortés. Turbóse el semblante de Motecuhzoma; sintió que un dolor de muerte embargaba su ánimo, y aun asomaron las lágrimas á sus ojos, al verse objeto de tan grande tropelia; pero instando Cortés, el rey mandó disponer la litera para ser trasladado, y exclamó con la mayor amargura:

“Pues que así lo quieren los dioses, así sea.”

Temiendo un alboroto en el pueblo, dijo á su corte que, deseando dar una prueba

más de afecto á sus honorables huéspedes, había dispuesto irse á vivir con ellos algunos días. Dicho lo cual, salió de aquel palacio al que no volvería nunca.

Cortés abusó horriblemente de la magnanimidad y superstición de aquel príncipe. Habiendo llegado Cuauhpopoca, el general mexicano que peleó contra los españoles de Veracruz, y sujetado á tormento, declaró que la guerra había sido ordenada por Motecuhzoma.

Furioso entonces Cortés, entró á la habitación de éste é hizo que le fueran puestos grilletes en los pies, bárbaro atentado que consternó á los sacerdotes y al monarca hasta las lágrimas. Después hizo quemar vivos en la calle á Cuauhpopoca y sus compañeros, y mandó quitar los grilletes al monarca.

Estos atropellos verdaderamente lamentables en un hombre de la superioridad de Cortés, fueron neutralizando en la nobleza y los sacerdotes el vigor de la superstición, y arrojando en sus ánimos los fermentos de la resistencia. Manifestaron, pues, á Motecuhzoma la necesidad de ordenar á los extranjeros que salieran de la ciudad. Hizolo así el rey en los términos más delicados, diciendo que pues ya estaba ofrecida la obediencia al soberano español, y hasta pagado el tributo (como en efecto había sucedido), convenia que para tranquilidad del pueblo se retirasen y volviesen á su país los españoles. Cortés pidió esperas, mientras construía unos bergantines, pues que sus navíos habianse ido á pique. Concedió el rey las esperas, mas al octavo día llamó á Cortés y le dijo que no era ya necesario construir los navíos, pues acababa de recibir la noticia de que habían llegado á la playa diez y ocho buques iguales á los que Cortés había traído, y procedentes de su misma nación. Grande fué el consuelo de Cortés al enterarse de tan feliz nueva, creyendo en un refuerzo que tanto le urgía. Pero su júbilo se convirtió en aflicción al saber, por carta de Gonzalo de Sandoval (que estaba en Veracruz), que aquella flota era una armada enviada por Diego de Velázquez para aprehender á Cortés y los suyos y conducirlos á Cuba, donde se les juzgaría por rebeldes. Sandoval le participaba que la expedición se componía de once navíos y siete bergantines, ochenta y cinco caballos, ochocientos infantes y más de quinientos marineros con doce piezas de artillería al mando del general Pánfilo de Narváez. Difícilmente se hallará en la historia de la guerra un conflicto militar semejante al de Cortés en aquellos momentos.

Escribió á Narváez pidiéndole la paz y la unión, dándole parte de lo obtenido, pintándole la gravedad del momento, y encareciéndole cuán necesario era uniesen sus fuerzas para el servicio de su soberano, que quedaria privado de tan grandes posesiones si mediaba la guerra entre sus súbditos. Además, proponía á Narváez el mando en jefe de las fuerzas. Narváez rechazó insolentemente las súplicas del Conquistador y se dirigió á Cempoala para venir en persecución de él. Viendo Cortés que sus ruegos eran inútiles, acometió la empresa temeraria de ir á combatir á Narváez. Dejó una guarnición en México al mando de Pedro de Alvarado y salió con 250 hombres. Su genio militar y su valor á toda prueba suplieron la fuerza inapreciable en el puñado de compañeros, harto fatigados ya por tantas batallas.



Cortés ordena que se pongan grillos en los pies á Motecuhzoma, bárbaro atentado que consternó á los sacerdotes y al monarca hasta las lágrimas.

Hallábanse las tropas de Narváez alojadas en el templo mayor de Cempoala, posición muy ventajosa. Avanzó Cortés á marchas forzadas, por caminos ocultos, y ya cerca de Cempoala esperó que viniera la noche. Cuando las tinieblas envolvieron el suelo, se acercó cautelosa y silenciosamente hasta el templo mayor y cayó sobre las fuerzas de Narváez, tan de improviso y con tal impetu, que apenas les dejó instantes para la defensa. Se apoderó de Narváez, y tras la derrota de sus tropas las incorporó á las suyas. Los de Narváez, llenos de terror, reconocieron á Cortés por su jefe y aceptaron acompañarlo en su empresa. Narváez fué enviado preso á un navío.

Recogía Cortés cuantos elementos había llevado la nueva expedición, cuando tuvo que volver apresuradamente á la Capital. Pedro de Alvarado, durante la ausencia de Cortés, había perpetrado una horrible matanza en los nobles, reunidos con motivo de una fiesta sagrada, y ese atentado puso término á la paciencia de los mexicanos que emprendieron la venganza de una manera furiosa. Cortés regresó á México, que encontró en plena rebelión. El cuartel era asediado día y noche por millones de guerreros que disparaban una lluvia de flechas y piedras lanzadas con honda. Todos los esfuerzos de Cortés fueron vanos para aplacar el incendio, y por fin tuvo que emprender la guerra en toda forma, librando continuos combates tan sangrientos como inútiles para aterrar á la multitud, resuelta á perecer toda ó á quitar la vida á aquellos extranjeros.

Cortés decidió salir de la ciudad, y era éste su mayor deseo, pues la situación se hacía insostenible; pero toda la nación estaba armada y agrupada en torno del cuartel, y tenía así cortada la retirada. En estas condiciones, propuso á Motecuhzoma que se asomara á la azotea y arengara al pueblo persuadiéndolo de la paz, mientras salían los españoles.

Cuando el rey se presentó en la altura, el pueblo guardó silencio, y aun muchos se pusieron de rodillás; les habló en los términos más elocuentes, pero al saberse su pretensión, uno de los circunstantes disparó su arco sobre el rey, que fué herido en la frente; otros le arrojaron piedras, y hubo que conducirlo en brazos á su alojamiento, donde á pocos días murió á consecuencia de las heridas del alma y del cuerpo el desventurado monarca.

Se comprenderá cuánto aumentaría el furor público después de ese trágico y sacrilego suceso, y por lo tanto, cuán atribuladas serían más y más á cada momento las circunstancias de los españoles, á quienes afligía el hambre, no menos que las armas de sus enemigos.

En los últimos días de Junio resolvióse hacer en la noche del primero de Julio la salida de la capital en el mayor silencio, y con el auxilio de un puente portátil que hizo construir Cortés para que las tropas pasaran los fosos.

Todo se dispuso con absoluta reserva, y muy entrada la noche de ese día salieron los conquistadores de su cuartel, llevando consigo á los prisioneros, las riquezas regaladas por Motecuhzoma, y las mujeres, así como los tlaxcaltecas, cholultecas y totonacas. Por todos eran siete mil hombres.

Deslizándose en grande silencio, habían pasado ya el primer foso, cuando los sacerdotes que velaban en lo alto del templo, advirtieron lo que pasaba y sonaron fuertemente los caracoles, sonido que era el toque de arrebato. Acudió instantáneamente innumerable muchedumbre, trabándose una batalla horrible, en que la confusión, los gritos, las tinieblas y la lluvia, aumentaban el espanto. La mortalidad fué pavorosa; perecieron todos los cholultecas, los prisioneros, las mujeres, más de cuatro mil mexicanos, gran número de tlaxcaltecas y totonacas y cuatrocientos españoles, entre ellos capitanes muy valerosos. Se perdieron todos los tesoros y hasta los manuscritos de Cortés que contenían sus memorias. Mediante esas pérdidas pudieron los españoles llegar á tierra firme, pero el desastre sufrido fué tal, que Cortés, aquel corazón de acero, no pudo contener las lágrimas. Hoy señala la tradición un árbol en el pueblo de Popotla, entre México y Tacuba, bajo cuyas ramas vetustas es fama que lloró el conquistador. Ese ahuehuete es conocido con el nombre de *Arbol de la Noche Triste*, que así llaman los historiadores á aquella del primero de Julio.<sup>1</sup>

En Tacuba, Cortés reorganizó su pequeño ejército. Había perdido toda la artillería y gran número de armas. Como estaba indicado, pensó en regresar á Tlaxcala, rodeando los lagos para buscar refugio en sus aliados; y después de un descanso á medias, pues los enemigos no cesaban de asediarlo, emprendió la marcha por Otompan (actualmente Otumba). En las llanuras de este pueblo le salió al encuentro un inmenso ejército de mexicanos, dispuesto á exterminar á los extranjeros.

Pide la imparcialidad de la historia un tributo de admiración á Cortés y los suyos en tamaño conflicto. No había ya ninguna de las circunstancias favorables al puñado de españoles, ni superioridad de armas, pues por una parte la artillería se había perdido, por otra las lanzas y espadas que los de Cortés dejaron la *Noche Triste* y que eran casi la mitad de las que habían llevado, estaban en poder de los mexicanos que se armaron con ellas. Ya no eran los españoles seres semi-divinos, ni emisarios de Quetzalcoatl; los mexicanos se habían persuadido de que sus enemigos eran hombres como todos, sujetos á la muerte y al estrago de las armas. Habiendo, pues, desaparecido la superstición de los mexicanos y las ventajas militares de los españoles, salta á la vista que la superioridad numérica de los primeros, con quinientos de ellos armados como los segundos, tenía

<sup>1</sup> Los historiadores no han podido ponerse de acuerdo sobre la fecha de la «Noche Triste,» á causa de que Cortés señala en una de sus cartas el 1º de Julio y Bernal Díaz el día 8: cada uno de aquellos da las razones que tiene para admitir la fecha que más cree cierta. Hay un dato, sin embargo, en el que todos están de acuerdo y que sirve para fijar con exactitud el 8 de Julio de 1520 como la fecha de la «Noche Triste.» Cortés buscó la obscuridad para ocultar los movimientos y sorprender al enemigo, como dice el Sr. Chavero. Pues bien, la noche del día primero no fué obscura, porque el mes lunar tenía á las doce de ella misma 16 días, 14 horas, 22 minutos y 17 segundos: la luna, por consiguiente, había salido en esa ocasión á las 7 y 36 minutos p. m. Cortés no podía prever que gruesas nubes ocultaran la luna, y por lo tanto, no podía disponer la salida sabiendo que el astro luciría probablemente á las primeras horas de la noche. No así el día 8, en cuya noche subió la luna á la una y doce minutos a. m. del día 9, y en la cual fecha sí sabía el conquistador que habría obscuridad en las primeras horas de la noche.

que ser desastrosa para éstos, sobre todo si se tiene en cuenta el carácter bélico y el ánimo esforzadísimo de una nación amamantada en la guerra. Y sin embargo, para asombro de las generaciones, Cortés salió victorioso en aquella memorable, reñidísima y sangrienta batalla, sin ejemplo en los anales de la historia, por lo que hace al triunfo de los menos sobre los más. Distinguiéronse en esta jornada Gonzalo de Sandoval, Pedro de Alvarado y Juan de Salamanca, que fué quien mató al general en jefe mexicano, con lo cual dió principio la victoria. El número de mexicanos muertos fué enorme; perecieron casi todos los tlaxcaltecas, algunos españoles, y fueron heridos todos, sin exceptuar uno solo. Maltrechos y hambrientos, prosiguieron su camino, llegando el 8 de Julio á los dominios de Tlaxcala, en cuya ciudad fueron recibidos cordialmente por sus aliados.

Entretanto los mexicanos eligieron rey á Cuitlahuatzin, y enviaron embajadores á Tlaxcala proponiendo al Senado la paz, y alianza perpetua, y el exterminio de los españoles, proposición que fué rechazada por los tlaxcaltecas.

Cuitlahuatzin era hermano de Motecuhzoma II é hijo, como su antecesor, del bravo rey Axayacatl, y desempeñaba al morir Motecuhzoma el cargo de generalísimo del ejército. Era valiente guerrero y hábil político, y á su acendrado patriotismo se unía su invencible aborrecimiento por los extranjeros. Desde que éstos aparecieron en el país, no cesó de aconsejar á su hermano Motecuhzoma que les hiciese la más ruda guerra. Se distinguió en la memorable jornada de la *Noche Triste*, y fué él, como general en jefe, quien luego envió el numeroso ejército de mexicanos en persecución de los españoles, verificándose así el reñido combate de Otompan (Otumba), como ya se ha visto. Después de este acontecimiento, los mexicanos se dedicaron á reparar los desastres ocasionados por la guerra, y no eligieron rey á Cuitlahuac ó Cuitlahuatzin sino hasta el día 7 de Septiembre del mismo año, siendo sacrificados, con motivo de su coronación, los muchos prisioneros españoles que habían quedado en poder de los mexicanos después de la derrota sangrienta de la referida *Noche Triste*.

Durante su corto reinado, Cuitlahuatzin desplegó gran actividad para continuar la guerra contra los españoles; pero habiendo contraído la viruela, introducida al país por uno de los soldados de Narváez, y que causó espantosa mortandad entre sus pobladores, falleció el día 25 de Noviembre de 1520, á los ochenta días de su elección.

A la muerte de Cuitlahuatzin, ascendió al trono Cuauhtemoc, hijo de Ahuizotl, intrépido joven de veinticinco años de edad, digno de ser el último monarca de la valerosa raza mexicana. Cuauhtemoc se aprestó desde luego y con el mayor ardimiento á la defensa de su patria; envió embajadores en todas direcciones solicitando socorros y alianzas; hizo gran acopio de armas y víveres; levantó nuevas tropas y hacía que se trabajara día y noche en las fortificaciones de la ciudad.

Mientras esto pasaba en la capital azteca, los españoles se aprestaban á su vez para un nuevo ataque. Desde que Cortés proyectó la salida de México tuvo siempre el propósito de volver á sitiar la ciudad; pero queriendo antes robustecer su autoridad,

emprendió, después de reposar algo en Tlaxcala, la conquista de pequeños reinos y señoríos. Tales fueron las expediciones de Tepeyacac (actualmente Tepeaca), de Cuauhquechollan, Tecamachalco y otras, en que siempre salió victorioso, no sin haber propuesto la paz antes de entrar en campaña.

Terminadas aquellas conquistas y reducidos multitud de pueblos á la obediencia del rey español, regresó Cortés á Tlaxcala y dispuso la expedición á México, por Texcoco, después de haber hecho construir bergantines y alistado sus tropas, que se componían de cuarenta caballos y quinientos cincuenta infantes y numerosos aliados. Salió, pues, de Tlaxcala el 28 de Diciembre de 1520, y entró á Texcoco el 31 del mismo mes, previa recepción que le hicieron cerca de la ciudad cuatro nobles, en representación de la corona. Ahí acudieron los señores de varios pueblos y Estados á proponer alianza á Cortés, quien después de aceptarla, tuvo que salir repetidas veces á la defensa de los pueblos aliados y perseguidos por los mexicanos. Todavía Cortés envió una embajada á los mexicanos proponiéndoles la paz, cuya condición precisa debía ser la sumisión al rey católico y la extirpación de los sacrificios humanos, proposiciones que fueron rechazadas. Entonces dispuso Cortés sitiar la ciudad, después de haber armado en Texcoco los bergantines y de tener arregladas sus fuerzas y víveres.

He aquí la distribución del ejército para esa temeraria empresa:

Señaló á Pedro de Alvarado la parte de Tlaltelolco (Norte), con treinta caballos, ciento sesenta españoles de infantería, dos cañones, pertenecientes al refuerzo de armas que ya había recibido de Veracruz, y veinticinco mil tlaxcaltecas.

A Cristóbal de Olid señaló la zona de Coyohuacán, con treinta y tres caballos, ciento sesenta y ocho infantes españoles, dos cañones y veinticinco mil aliados.

A Gonzalo de Sandoval tocó la parte de Ixtapalapan, con veinticuatro caballos, ciento sesenta y tres españoles y treinta mil aliados de Huexotzingo, Chalco y Cholula.

Cortés se reservó el mando de los trece bergantines y trece falconetes, con trescientos veinticinco españoles.

En suma: al comenzar el asedio de México, el número de los sitiadores era de novecientos diez y siete españoles y más de setenta y cinco mil aliados, número que fué creciendo con otros que venían á unirse diariamente.

No entraremos en los detalles de aquella inolvidable faena militar, maravillosa por el valor de sitiadores y sitiados, horrible por sus episodios de crueldad, gloriosa y abundante en pasajes dignos de remembranza.

No tenemos espacio para esa tarea; bástenos decir que después de lucha reñidísima, cayó la ciudad de México en poder de los españoles, el día 13 de Agosto de 1521, después de setenta y cinco días de sitio, á los ciento noventa y seis años de fundada por los aztecas, y á los ciento sesenta y nueve de erigida en monarquía, cuyo trono ocuparon once soberanos. Tomada la ciudad, fué aprehendido en una canoa en que trataba de escapar Cuauhtemotzín, el último rey de los mexicanos, por el capitán García de Olguín, quien condujo al soberano á presencia de Cortés que se hallaba en Tlaltelolco.

Cuauhtemotzín dirigió al conquistador estas palabras: «Valiente general, he hecho en mi defensa y en la de mis súbditos cuanto exigían de mí el honor de mi corona y el amor de mis pueblos; pero los dioses han sido contrarios á mi resolución, y ahora me veo sin corona y sin libertad. Soy vuestro prisionero. Quitadme la vida con ese puñal, ya que no he sabido perderla en defensa de mi reino.»

Después de esa victoria, todo el imperio mexicano se sometió á Cortés, quien se ocupó desde luego en reedificar la ciudad, casi destruída, enterrar los cadáveres tirados en gran cantidad por todas partes y flotantes en las acequias, dictar las primeras órdenes de organización, y participar al soberano de España la posesión del más rico, inesperado, extenso y hermoso de sus dominios.

La fama de Cortés llenó en breve el septentrion de la América y la Europa civilizada.

Este hombre tan discutido en la historia, tuvo cualidades eminentes que admirar y defectos lamentables. Su genio militar no puede ponerse en duda, y sus virtudes principales fueron la prudencia y su lealtad para con su patria. Es indudable que pudo hacerse monarca de México, aceptado por todos los reinos del imperio, que instruídos por él en el manejo de las armas, en el arte militar europeo y en la construcción de ellas y de las municiones, lo habrían hecho inexpugnable; pero su fidelidad para con el rey no permitió que se acercara la tentación á su mente. Mas debemos también añadir que fué ingrato con sus compañeros de trabajo y de gloria, débil en la pasión por las mujeres, en algunos casos cruel. El rey le recompensó con largueza, pero desconfiado de su lealtad, no quiso concederle el gobierno de la Nueva España. Murió en su patria á los sesenta y tres años de edad, el 2 de Diciembre de 1547, en Castilleja de la Cuesta. A pesar de sus contrariedades, puede asegurarse que ha sido uno de los grandes hombres menos agraviados por el destino.

## CAPITULO VI.

MÉXICO COLONIAL—LOS MISIONEROS—LA INSURRECCIÓN—  
HIDALGO—MORELOS—ITURBIDE.

**C**ONSECUENCIA de la toma de México y de la sumisión del imperio, así como de la fama de grandeza, hermosura, riqueza y numerosa población de la Nueva España, fué la implantación en México de un virreinato, el más importante de la corona española en el Nuevo Mundo. Turbulentos por todo extremo fueron los primeros días del gobierno español en México; pues que la desmesurada ambición de las autoridades, su rivalidad con el hombre á que todo se debía, las resistencias de éste nacidas de su carácter férreo y de sus derechos gloriosamente conquistados, hallaban abrigo seguro en la gran distancia que separaba la metrópoli y la dificultad de las comunicaciones. Alguna forma de orden comenzó á notarse en el gobierno, desde la venida de Fuenleal, y más aún en la administración del primer virrey, D. Antonio de Mendoza, que llegó á México el año de 1535, y fué uno de sus más honorables y sabios gobernantes en la época colonial. Sin espacio para entrar en pormenores de ella, notaremos los puntos más salientes capaces de acentuar su fisonomía.

Uno de los primeros cuidados de la nueva administración en el Anáhuac, consistió en la evangelización é ilustración de los indios. Se pidieron misioneros á España, pues nada urgía tanto como desatascar aquella enorme multitud del abismo de supersticiones en que se hallaba; sobre todo para impedir la perpetración de los sacrificios humanos, y de las inauditas crueldades que caracterizaban sus costumbres. España envió varones que la crítica antigua y moderna han juzgado con absoluto acuerdo, como verdaderamente dignos de alabanza por sus virtudes y sus letras. Apóstoles á un tiempo mismo de la religión y de la ciencia, predicaban el Evangelio con su palabra y su ejemplo, y recogían á la vez las tradiciones, las pinturas jeroglíficas, los cantares, las teogonías; observaban los monumentos, aprendían las lenguas, estudiaban las costumbres, la naturaleza, los hombres, y con tan vasto conjunto penosamente aglomerado y clasificado sabiamente, construyeron la historia antigua de México y crearon moralmente las nuevas generaciones. El príncipe de aquellos ilustres obreros fué el venerable fray Bernardino de Sahagún, á quien se deben los mejores criterios de la historia mexicana. Antes y después de su venida, llegaron á esta tierra pléyades brillantísimas de hombres apostólicos, que como Gante, Motolinía y Las Casas, honrarán siempre á la raza de los hombres.

La imparcialidad, alma de la historia, pide que se consigne el empeño de los frailes y de los primeros virreyes en la ilustración de la clase indígena. Se establecieron escuelas y talleres de artes y oficios en San Francisco, y colegio de instrucción secundaria en Tlaltelolco, y se difundió la primaria por todas partes donde se levantaba una iglesia; se fundaron universidades y colegios tan notables como el de San Ildefonso, en Mexico y el Carolino, de Puebla, admirables por su arquitectura no menos que por sus métodos escolares. En esa campaña del saber distinguióse sobremanera la Compañía de Jesús, que habría acabado por formar de todo el Anáhuac un pueblo ilustrado, á no haber sobrevenido el destierro que decretó Carlos III. Se llevó la enseñanza de las artes á los pueblos, se redujeron al arte gramatical los idiomas y dialectos y se enseñaron en los colegios; se hermosearon las ciudades y se estudió por cuenta del Estado la fauna, la flora, la minería y la topografía de la Nueva España; se enseñó á los indios la agricultura; se abrieron extensas vías de comunicación; se entabló lucha titánica entre los aventureros que esclavizaban á los indios y usurpaban sus propiedades y los hombres de corazón y rectitud que, apoyados por el trono, defendieron á los vencidos; cruzó Las Casas, octogenario ya, catorce veces el Océano para proveer á esa defensa; agotaron en ella su celo apostólico los obispos, y desplegaron en su apoyo toda su tortuosa autoridad los virreyes; se dictaron preceptos que forman ese monumento de ciencia jurídica, de moral y de caridad que se llama Leyes de Indias; se fundaron nuevas ciudades tan importantes como Puebla y Guadalajara; se redujo á la vida común ó asociada á multitud de tribus errantes, y se reorganizó sabiamente la gobernación de los indios. Sin embargo, no escasearon los abusos ni las crueldades.

Entre los virreyes no faltaron algunos codiciosos, déspotas, ineptos, dignos, en fin, de la censura de la historia; pero los hubo también probos, sabios, virtuosos y benéficos. Jamás se olvidará en los anales mexicanos á Mendoza, á los Velasco, á Manrique, á Moya y Contreras, á Haro y Peralta y otros.

Para dar una idea de la excelencia de aquellos hombres y de la justicia de nuestras alabanzas, recordaremos que Moya y Contreras ha sido el hombre revestido de mayor autoridad en el territorio mexicano, inclusive los soberanos de los tiempos antiguos y de los modernos. Reunió en su persona, al mismo tiempo, los cargos de Arzobispo de México, de Virrey y de Visitador, autoridad puesta sobre la del Virreinato. Pues bien, después de algún tiempo de ejercer esa triple autoridad, falleció y hubo que pagarse de limosna el gasto de su entierro. ¡Tan grande así fué la pobreza de aquel ilustre dignatario!

Durante los trescientos años de la dominación española, gobernaron la Nueva España sesenta y un virreyes. A pesar de las hermosas cualidades de algunos de ellos, como hemos dicho, los abusos sobre los nativos se fueron acentuando más y más desde fines del Siglo XVIII; y como la instrucción impartida en las universidades y colegios de México y de las provincias aumentó las luces, comenzaron á despertarse en los ánimos ideas de resistencia y de autonomía, desconocidas hasta entonces.

Cuando los Estados Unidos relizaron su independencia y concibieron un modo de ser político que debía generalizarse por toda la América, pensaron en fomentar en México esas ideas subversivas contra el gobierno colonial, y á este fin enviaron emisarios que de la manera más secreta hicieron propaganda entre el reducido número de

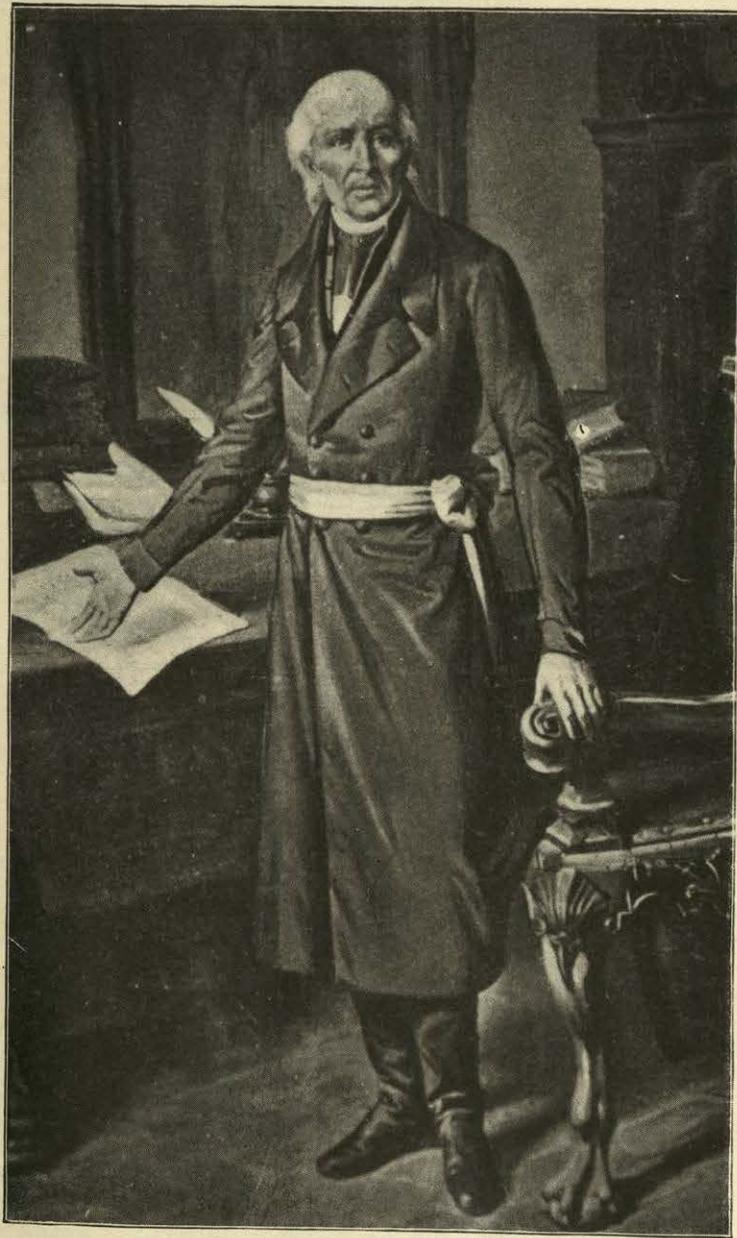
hombres á propósito para este efecto. Poco tiempo después cundía una conspiración lo más subterráneamente posible en ciudades importantes del interior del país. So pretexto de estudios académicos, verificábanse juntas secretas en Querétaro y Valladolid (hoy Morelia), capital del estado de Michoacán, y en otros lugares. A las juntas celebradas en Querétaro, en la casa misma del Corregidor D. Miguel Domínguez, asistían con otros D. Miguel Hidalgo y Costilla, cura párroco del pueblo de Dolores; D. Ignacio Allende; D. Juan Aldama; D. Francisco Lanzagorta; D. Mariano Abasolo; D. Joaquín Jiménez y los hermanos González.

Poco tiempo hacia que el Sr. Hidalgo había regresado á su curato cuando la conspiración fué descubierta. La Sra. Ortiz de Domínguez, esposa del Corregidor, mandó violentamente entonces aviso del descubrimiento á Allende, que se hallaba en Dolores, y ahí, impulsados por el peligro inminente en que se hallaban, resolvieron lanzarse á la revolución con los pequeños elementos que pudiera haberse á la mano. Así se hizo, en efecto, y en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, Hidalgo y Allende abrieron la prisión, sacaron los presos, reunieron á los vecinos, y el señor Cura dió la famosa exclamación, cuyas palabras textuales fueron éstas: *¡Viva la Virgen de Guadalupe y muera el mal Gobierno!*

Emprendieron luego el camino, llevando por estandarte una imagen de la Virgen de Guadalupe, que es la advocación más popular en México, y rápidamente fueron engrosando las filas de su ejército, que poco tiempo después llegó á cerca de 100,000 hombres, malamente armados y muy carentes de disciplina militar, como es de suponerse.

Hidalgo se dirigió á Guanajuato, una de las principales ciudades mexicanas, de la que se apoderó fácilmente. De ahí se dirigió á la actual Morelia, de la que también se apoderó, y emprendió luego el camino hacia la capital del virreinato. En el Monte de las Cruces, que se levanta entre Toluca y México, fué detenido por las fuerzas españolas al mando del Coronel D. Torcuato Trujillo, derrotándolas completamente. ¿Por qué no marchó luego sobre la capital? Los historiadores hallan como razón más atendible el temor de Allende de que multitudes indisciplinadas se entregaran al saqueo en México, desprestigiando así la causa de la Independencia.

Hidalgo emprendió un movimiento de retirada, y alcanzado por las fuerzas del general español Calleja, en Aculco, sufrió espantosa derrota que puso en dispersión á los insurrectos. Mientras Hidalgo se retiró á Morelia, Allende, Aldama y otros jefes se dirigieron á Guanajuato, donde atacados por Calleja y Flon sufrieron nueva derrota que valió á los españoles la recuperación de aquella ciudad. Con fuerzas colectadas en Morelia, marchó Hidalgo seguido por Allende á Guadalajara, donde organizó su gobierno. Calleja á su vez, en combinación con el general Cruz se dirigió á Guadalajara. Los insurgentes salieron á su encuentro y presentáronles batalla en el Puente de Calderón. Seis horas duró el reñido combate, en el que los realistas alcanzaron completa victoria. El general Cruz expidió un decreto de amnistía en favor de los caudillos insurrectos, pero éstos lo rechazaron. Pensaron entonces dirigirse á los Estados Unidos del Norte, á fin de proporcionarse allá los elementos de guerra de que carecían absolutamente; pero en el Saltillo fueron denunciados por Elizondo y aprehendidos en Acatita de Baján, entre el Saltillo y Monclova, el 21 de Mayo de 1811, los Sres. Hidalgo,



D. MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA—Cura Párroco del pueblo de Dolores.

Allende, Aldama y Jiménez, y trasladados á Chihuahua, donde se fusiló al primero el 30 de Julio y á los demás el 26 del mismo mes.

En un principio la revolución iniciada en Dolores no tuvo ante el pueblo el carácter de una guerra de emancipación. El desorden era espantoso y el programa político, si tal nombre merece, se reducía al derrocamiento del gobierno local. Así, la verdadera concepción política de la Independencia brilló en el cerebro del cura D. José María Morelos y Pavón, el más notable militar y hombre de Estado durante los dos primeros periodos de aquella guerra.

Al frente de un pequeño puñado de insurgentes se había presentado Morelos á Hidalgo en el pueblo de Charo, y recibido allí el nombramiento de Coronel. Bien pronto su genio militar y organizador descolló entre los caudillos, y á la muerte de Hidalgo se puso á la cabeza de la insurrección. Después de recorrer muchos pueblos, logró reunir tres mil hombres, con los cuales asedió á Acapulco. Auxiliado por los Galeana, derrotó en Tres Palmas al realista Paris, y atenciones de la estrategia le obligaron á levantar el sitio de Acapulco. Sucesivamente derrotó en Chichihualco al comandante Garrote, se apoderó de Chilpancingo, tomó Tuxtla, derrotó al realista Fuentes, se apoderó de Chilapa, venció á las fuerzas de España en toda la región austral del Mezcala y se dirigió á Chiautla, donde triunfó del jefe Musitu. Ahí dividió su ejército en tres secciones, una que puso al mando de D. Hermenegildo Galeana, otra al de D. Miguel Bravo y otra que se reservó. Alcanzó después varios triunfos y entró á Cuautla, donde fué sitiado por el general Calleja, que condujo 1,200 hombres.

La conducta militar de Morelos en el sitio de Cuautla constituye su gloria más legítima, y le valió su más alto renombre. Careciendo de víveres y municiones, después de sesenta días de sitio, emprendió con el éxito más brillante la difícil, temeraria empresa de romperlo la madrugada del 2 de Mayo de 1812, hecho de armas que llenó de admiración á los grandes capitanes de la época. En memoria de él, lleva el nombre de Morelos el Estado á que pertenece la ciudad de Cuautla.

De ahí marchó para Tehuacán alcanzando varias victorias en el camino, y luego á Orizaba y Oaxaca, ciudades que tomó, ésta última por asalto el 25 de Noviembre del mismo año. Habíansele unido para entonces otros jefes de nombradía, como el cura Matamoros, Mier y Terán, Sesma y D. Guadalupe Victoria que llegó á ser Presidente de la República. De Oaxaca volvió Morelos sobre Acapulco, que tomó el 12 de Abril del año siguiente. El prestigio, la táctica, las frecuentes victorias de Morelos conducían la revolución por caminos de prosperidad, cuando después de la derrota de Texmalaca y mediante la traición de un desertor llamado Carranco, cayó Morelos en poder del enemigo, siendo fusilado en el pueblo de San Cristóbal Ecatepec (poco distante de la ciudad de México), el día 22 de Diciembre de 1815.

La muerte de Morelos desmoralizó profundamente á los insurrectos que veían en él al Bonaparte mexicano; con todo, hicieron esfuerzos para proseguir la revolución, que militarmente quedó organizada así: Mier y Terán, en Tehuacán; Rosains, en Puebla; Victoria, en Veracruz; Guerrero y Bravo, en la región extensa y montañosa que hoy lleva como estado de la Federación el nombre del primero; Rayón en Michoacán; Rosales, en Zacatecas; y el Padre Torres, en todo el Bajío; mas á pesar de esos esfuerzos, la guerra por parte de los insurgentes fué perdiendo terreno cada día, hasta

no quedar más que Guerrero en las inaccesibles montañas del Sur. En 1820 habían sido fusilados la mayor parte de los caudillos insurgentes, incluso el General Mina, súbdito español que vino á pelear por la Independencia; y á la par que las fuerzas autonomistas estaban casi agotadas, los realistas se habían robustecido sobremasera. Todo hacía creer que el proyecto de la Independencia había fracasado por completo. En estas circunstancias apareció un nuevo caudillo, prestigioso por sus antecedentes militares y que hasta entonces había servido en las tropas del rey: D. Agustín de Iturbide, Brigadier del ejército realista y encargado de combatir á Guerrero en el Sur.

Iturbide decidió favorecer la causa de la Independencia, descartándola de utopías, expurgándola del carácter desordenado y anárquico que la denigraba y limpiándola del bandolerismo, adherido á ella como un parásito venenoso. Elevando su genio á la concepción de un plan capaz de atraer á los hombres sensatos, á las clases directivas, de garantizar los intereses privados y públicos y de hacer respetar ante los pueblos la bandera de la emancipación, formuló el célebre *Plan de Iguala*. En vez de hostilizar á Guerrero, entró en relaciones con él; le comunicó sus proyectos, y puestos de acuerdo ambos jefes, revistió Iturbide el mando supremo y publicó su referido plan el 24 de Febrero de 1821.

Un clamor de universal adhesión acogió el Plan de Iguala. Españoles y mexicanos, el clero, la aristocracia, el pueblo todo y hasta el mismo ejército realista vieron en aquel documento la verdadera solución á los múltiples problemas que encerraba el asunto de la Independencia.

Desplegó Iturbide genio de militar y de estadista, y en brevisimo tiempo, después de rápida y deslumbradora serie de triunfos, logró la libertad de su patria. Acababa de llegar al país D. Juan O'Donojú, último virrey de la Nueva España, y estrechado por las circunstancias, se reunió en Córdoba (Estado de Veracruz) con Iturbide, el 24 de Agosto de 1821, donde ambos firmaron el convenio conocido hasta hoy con el nombre de *Tratado de Córdoba*. Por este tratado se declaraba á México soberano é independiente, se llamaba á reinar á Fernando VII, y se creaba, entretanto, una junta de gobierno de la cual debería ser miembro el mismo O'Donojú. Como consecuencia de este tratado, Iturbide, al frente del ejército llamado de las TRES GARANTÍAS (*Religión, Unión é Independencia*), simbolizados en los colores blanco, verde y rojo de la bandera que se adoptó, hizo su entrada solemne á la ciudad de México el 27 de Septiembre de 1821, en medio del entusiasmo y regocijo universal que causaba el fin de la guerra, y el triunfo de la causa más legítima y grandiosa á que puede aspirar un pueblo: la causa de su *Libertad*, de su *Independencia*. En aquel día terminó para siempre la dominación española en el Anáhuac y comenzó el gobierno autónomo mexicano.

## CAPÍTULO VII.

## MÉXICO INDEPENDIENTE—MUERTE DE ITURBIDE—GUERRA DE TRES AÑOS—MAXIMILIANO—MÉXICO ACTUAL.

EL día siguiente, 28 de Septiembre de 1821, se reunió la junta provisional gubernativa, y uno de sus primeros actos fué el nombramiento de un gobierno al que se le dió el nombre de *Regencia*. Esta estaba compuesta de D. Agustín de Iturbide, con calidad de Presidente; D. Juan O'Donojú que había transigido con el movimiento de Independencia; D. Manuel de la Bárcena, D. Isidro Yáñez y D. Manuel Velázquez de León, los primeros que desde la muerte de Cuauhtemotzín, reasumían la soberanía nacional. A los cuantos días, el 8 de Octubre, falleció D. Juan O'Donojú, y en su lugar fué nombrado el Obispo de Puebla, D. José Antonio Joaquín Pérez. Uno de los primeros trabajos de la regencia fué la formación y publicación de la siguiente:

## ACTA DE INDEPENDENCIA DEL IMPERIO MEXICANO.

“La Nación Mexicana, que por trescientos años ni ha tenido voluntad propia ni libre el uso de la voz, sale hoy de la opresión en que ha vivido.”

“Los heroicos esfuerzos de sus hijos han sido coronados, y está consumada la empresa eternamente memorable que un genio superior á toda admiración y elogio, amor y gloria de su patria, principió en Iguala, prosiguió y llevó á cabo arrollando obstáculos casi insuperables.”

“Restituída, pues, esta parte del septentrion, al ejercicio de cuantos derechos le concedió el Autor de la naturaleza y que reconocen por inenajenables y sagrados las naciones cultas de la tierra, en libertad de constituirse del modo que más convenga á su felicidad, y con representantes que puedan manifestar su voluntad y sus designios, comienza á hacer uso de tan preciosos dones y declara solemnemente por medio de la Junta Suprema del Imperio, que es nación soberana é independiente de la antigua España, con quien en lo sucesivo no mantendrá otra unión que la de una amistad estrecha en los términos que prescribieren los tratados; que entablará relaciones con las demás potencias, ejecutando respecto de ellas, cuantos actos pueden estar en posición de ejecutar las otras naciones soberanas; que va á constituirse con arreglo á las bases que en